

EN BUSCA DEL SUR



Júlio Pimentel Pinto

“**E**l Sur”¹ es uno de los raros textos de Borges que tiene franca vocación autobiográfica. Para el lector de Borges, desacostumbrado al tono supuestamente confidencial que el cuento sugiere, esta invitación a mezclarlo con hechos reales, vividos efectivamente por el autor, puede ser extremadamente seductora. Después de todo, allí se relata el famoso accidente doméstico de la víspera de la Navidad de 1938, con el rostro femenino, sombrío y afligido, de quien le abrió la puerta y vio su frente ensangrentada, con la fiebre, la náusea y la pesadilla en la antesala de la muerte. Allí está también el nombre alemán del protagonista Dahlmann, paralelo del origen inglés de parte de la familia de Borges. O la simetría de la muerte del mismo personaje con la del abuelo de Borges, quien se deja matar tras la capitulación de Mitre, en 1874. O la mención, desde las primeras líneas, al Cacique Cipriano Catriel, que apoyó a Mitre en el mismo episodio histórico.

¹ “El Sur” fue publicado en versión pre-original en *La Nación*, 8/2/1953, e incorporado en *Ficciones* a partir de la edición de 1956.

La fascinación de la revelación íntima combinada con la historia nacional puede, sin embargo, limitar la comprensión del cuento, como el mismo Borges alertó en entrevistas, recordando que la atención al referente real contenido en él, aunque correcta, es solamente una de las lecturas posibles del cuento y, probablemente, no la mejor. Borges insistía en el hecho de que podemos, sí, leer la primera parte como un relato verídico y la segunda como el onirismo provocado por el efecto de los anestésicos, en una ilusión que también es alucinación. Sin embargo, Borges observaba la posibilidad de entender el conjunto completo del relato como una fábula, valorando más la ficción –o la ficcionalización– que la búsqueda directa de la experiencia vivida.

Es notable cómo en “El Sur” las instancias narrativas y los espacios de revelación se cruzan. La búsqueda del Sur, deseo central del personaje, es lo que permite que las historias se relacionen y que se defina un lugar de anclaje para que las identidades huidizas o inciertas – nacionales, locales, individuales – se afirmen. Si entendemos que el juego propuesto por Borges en el cuento es éste, más amplio y más denso, el carácter autobiográfico pasa a desempeñar un papel importante, pero secundario: Dahlmann, paradigmático, es Borges, pero es también tantos otros argentinos en una odisea identitaria que cruzó el XIX y parte del XX. El sentido fabuloso de la historia también, más que ejemplar, gana aires de problematización, cuestionamiento de las peregrinaciones tras la búsqueda de nociones ocasionalmente caricaturescas de lo que se es o se pretende ser.

No nos olvidemos que 1953, año de la publicación original del texto, es el mismo en que Borges pronunció la célebre conferencia en el Colegio Libre de Estudios Superiores, intitulada “El escritor argentino y la tradición”, en la que devasta con una argumentación a la vez irónica e insólita, los sentidos nacionalistas tan en boga bajo el peronismo.

Antes de que pasemos al cuento, vale recordar que buena parte del temario de “El Sur” es recurrente en otros textos de Borges. Para restringirnos a cuentos cronológicamente cercanos, basta recordar dos relatos reunidos, en 1949, en *El Aleph*: “Historia del guerrero y la cautiva”, publicado en la revista *Sur* en mayo de 1949, y “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”, publicado en *Sur* en diciembre de 1944. O

“El fin”, publicado algunos meses después de “El Sur” y en el mismo periódico². En otras palabras, más que en la esfera autobiográfica, estamos delante de un repertorio y de inquietudes tanto históricas como literarias, reconocidamente reincidentes en Borges.

El cuento se inicia con la caracterización de Juan Dahlmann, nieto de un homónimo Johannes, como hombre de origen ambiguo, medio argentino, medio germánico. Se recuerdan sus abuelos y los vínculos de éstos con la historia de la formación nacional argentina. Dahlmann, observa el narrador, cultiva un discreto criollismo, que se manifiesta en un pequeño relicario personal: una espada, una foto de un antepasado, ciertas músicas, algunas estrofas del *Martín Fierro*. Vive en Buenos Aires, pero siente nostalgias del Sur originario, simbolizado y concretizado en la sed por la estancia de la familia, de cuya “posesión abstracta” y distante goza. La voluntad del pasado, sin embargo, se restringe y limita a ese puñado de cosas: “las tareas y la indolencia lo retenían en la ciudad” y Dahlmann se contenta con soñar el Sur, más de lo que se dispone a buscarlo. Posee la llanura con la seguridad de que lo espera. La misma llanura que Borges dice, en “Acevedo”, un bello poema, haber encontrado en varios lugares del mundo: por ejemplo, en Iowa o en la tierra hebrea...

Pero ocurre el accidente con el batiente de la ventana y la amenaza de muerte en el mencionado fragmento de fuerte interferencia autobiográfica, y el Dahlmann revivido “minuciosamente se odió; odió su identidad, su necesidades corporales, su humillación”. La vida traza una línea y el personaje ambiguo del primer párrafo, que había elegido su tradición y su origen mediante la recolección de objetos, que había buscado reconocerse en el relicario impreciso que guardaba, advierte la fragilidad de la identidad que juzga tener. Para recuperarse del accidente y de la aguda percepción de no pertenencia tenía que ir al Sur: se inicia el viaje, y el narrador lo introduce con la proclamación de que “a la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos”. Híbrido, el viaje de Dahlmann guarda un parecido con la voluntad de encontrar el Sur, nutrida durante años, en la indolencia que vivía en Buenos Aires. Pero el tiempo, viejo Se-

² “El fin” fue publicado originalmente en *La Nación*, 11/10/1953, e igualmente incorporado en *Ficciones* en 1956.

ñor de la razón e invariablemente de la sinrazón, no deja de interferir e introduce variaciones en el plan original ya que ninguna tradición es plena, es pura o es seca: el cuchillo de la historia la corta y la rehace, traduciendo en diferencia lo que parecía repetición. Beatriz Sarlo, en un famoso y excelente estudio comparativo entre “Historia del guerrero y de la cautiva” y “El Sur”, destaca “la intermitencia y la inestabilidad” que “el pliegue entre dos superficies provoca” (94-108). La terminología deleuzeana permite ver el pasaje de la superficie-razón indolente del Dahlmann antes del accidente, al intento de reconstruir la razón en el momento - espacio del “pliegue” - en que se prepara el enfrentamiento cultural que provocará la llegada al Sur.

Pero antes de que se manifieste el choque de tiempos, Dahlmann viaja, impulsado por la creencia en el Sur imaginario. En el tren, “cerraba el libro y se dejaba simplemente vivir”, circulando imaginariamente por lugares de la memoria de la infancia, expresados en simples artefactos, como un cuenco de sopa, o en la expectativa de reencontrar el tiempo y el lugar perdidos, su deseado origen-tradición-identidad. El narrador manifiesta, sin embargo, la ambigüedad de su condición:

era como si a un tiempo fuera dos hombres: el que avanzaba por el día otoñal y por la geografía de la patria, y el otro, encarcelado en un sanatorio y sujeto a metódicas servidumbres

¿Soñaba Dahlmann, por el efecto de los anestésicos, como sugirió Borges? Tal vez, pero su “sueño de la llanura” ocurre mientras está despierto. Y, despierto y ansioso, se confunde en el reconocimiento de árboles y sembrados. No puede nombrarlos, insiste el narrador,

porque su directo conocimiento de la campaña era harto inferior a su conocimiento nostálgico y literario. Viajante libresco, Dahlmann refigura la realidad como tránsito de su imaginación.

¿Cerraba el libro y se dejaba simplemente vivir? Sí, pero preservando su distanciamiento y manteniendo la vida en la dimensión alegórica que la superficie de su razón anterior había compuesto.

El tren corta la llanura, el tiempo transcurre y Dahlmann se ve, en un sueño de hecho, “atravesado y transfigurado”. La vastedad, la

intimidad y el secreto de la llanura lo aturden, al mismo tiempo que se encuentra en medio de la "soledad perfecta y hostil". Las personas que están a su alrededor le hablan, pero Dahlmann ni siquiera trata de entenderlas: el mecanismo de los hechos no le importa. La llanura lo enreda, pero él no se da cuenta todavía de lo distante que está el mundo que disputa como suyo, de lo abstracto que es el origen que desea, de lo artificial que es la identidad de la que disfruta en la imaginación y en los libros.

Reconoce, un tanto tardíamente, que se aventura más por el tiempo que por la geografía, pero demora en darse cuenta de que el tiempo demuestra sus complicados meandros: los años mitigaron los colores vivos de las fachadas, los rostros revelan tristeza o soberbia decaída. La realidad empieza a afligirlo al mostrarle que el presente difiere intensamente del pasado que busca y el Sur, de la idealización. Para exorcizar la realidad incómoda, Dahlmann recurre todavía una vez más a la ficcionalización del presente, al intento de imponer la imaginación a la vida desmistificada. Los objetos reales del almacén al que finalmente llega y donde se develará su historia provocan recuerdos de viejas ediciones de libros. El hombre apoyado en el mostrador se asocia a la imagen del viejo gaucho que, según la creencia del protagonista, sólo sobrevive en el Sur. Su figura está presentada como una escultura, erigida en homenaje a un tiempo desaparecido:

los muchos años lo habían reducido y pulido como las aguas a una piedra o las generaciones de los hombres a una sentencia. Era oscuro, chico y reseco, y estaba como fuera del tiempo, en una eternidad.

Dahlmann observa, en el viejo gaucho, el pasado y, cuando el presente lo aturde nuevamente, en una situación de riesgo más - el desafío expresado en una bolita de miga de pan lanzada a su cara por los vecinos de mesa -, se refugia en su libro, el de las Noches. Lee una corriente de historias, al mismo tiempo que trata de contarse una historia del Sur diferente de la que vive allí. "Esconde la realidad", dice el narrador. Pero ella lo ronda y la provocación continúa cuando le arrojan otra bolita de miga de pan. El propietario del bar, cuando intenta impedirle que acepte el desafío, lo llama por el nom-

bre. Reconocido, con su identidad aclarada, está conminado a agravar la situación, acoge el desafío y se dispone al duelo.

El pasado, que Dahlmann apreciaba tanto, corre en su auxilio, en el gesto del viejo gaucho, quien le tira una daga para que luche. "Era como", observa el narrador, "si el Sur hubiera resuelto que Dahlmann aceptara el duelo". El ímpetu provocado por el origen y el espíritu que la tradición exhala lo llevan a la muerte, ambientada en la llanura, la misma que tanto esperó y que ahora lo recibe en la hora fatal. El pasado lo ayuda, al ofrecerle la daga, pero, de esta manera, lo condena a la lucha y, consecuentemente, a la muerte. Dahlmann, antes de salir a la llanura, remata el narrador, "empuña con firmeza el cuchillo, que acaso no sabrá manejar".

Terminó el viaje de Dahlmann en busca del Sur. El Sur imaginario del pasado narrado en los libros, el Sur que tal vez ya no existía más en los tiempos del *Martín Fierro*. El Sur de su supuesto origen, de la pertenencia a la tierra, a la estancia, a la llanura. El Sur de la muerte, tomada como una compulsión, casi como una misión. Dahlmann no reconoció que la llanura es omnipresente: la tomó literalmente y, así, caminó en dirección al pasado, a lo finito. La tonalidad autobiográfica del comienzo del cuento ciertamente no resiste a la fuerza de la fabulación de la parte final: no se traza ninguna identidad individual en "El Sur". El rostro que vemos, imaginario o real, es el de la Argentina. Y el Sur de Dahlmann, a semejanza de tantas otras construcciones identitarias, una ficción.

Júlio Pimentel Pinto
Universidade de São Paulo

Traducción al español: Enrique Melone

BIBLIOGRAFÍA

Sarlo, Beatriz. *Borges, un escritor en las orillas*. Buenos Aires: Ariel, 1995 (orig. 1993).